

El volum de datacions que cal revisar és tan important que l'ordenació cronològica del diccionari de Gomez dins de cada secció deixa de tenir sentit.

De tot el que hem apuntat fins aquí, podem concloure que el diccionari de Gomez ha donat un fort impuls a l'estudi dels italianismes en català i indirectament en les altres llengües peninsulars. I volem creure que serà la llavor de més estudis en aquest terreny, tant pel que fa als italianismes com als manlleus d'altres llengües. El recull és en general fidel amb les seves fonts, malgrat el seu reduït nombre, i està marcat per la prudència. Amb tot, queda encara molta feina a fer de contextualitzar el conjunt de l'obra amb un bon rerefons històric i bibliogràfic, de completar i actualitzar les fonts bibliogràfiques, d'aprofundir en la documentació i la història dels mots, sobretot dels anteriors al segle XIX i també dels més recents, o d'aclarir els criteris de selecció i presentació de mots i variants. Una eventual reedició futura seria una bona oportunitat per a aplicar-ho.

Xavier ROFES MOLINER
Institut d'Estudis Catalans

Homenaxe a Diego Catalán (editáu por Juan Carlos VILLAVARDE AMIEVA). Uviéu: Alvízorras & Trabe, 2010, 272 p.

Este homenaje a Diego Catalán Menéndez-Pidal (1928-2008), el primero tras su fallecimiento, es una tirada especial de los números 6-7-8 de la *Revista de Filología Asturiana* (2006/2007/2008) que edita el «Seminariu de Filoloxía Asturiana» de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo. En sus 292 páginas se pueden encontrar nueve trabajos cuyos autores, todos filólogos, fueron personas vinculadas en algún momento a Diego Catalán o bien que investigan en campos de la filología cultivados por él, de modo que en el libro tanto se pueden encontrar análisis de las contribuciones de Catalán, como semblanzas de su persona.

Diego Catalán no permitió que se le hicieran homenajes en vida y, en mi opinión, es probable que tras su muerte esta obra salida de tierras asturianas sea la única publicación académica española que se le dedique en mucho tiempo, a pesar de haber estado vinculado a la Universidad de la Laguna, a la Universidad Complutense y a la Universidad Autónoma de Madrid. María Teresa Echenique Elizondo, profesora de la Universidad de Valencia y compañera de departamento de Catalán en la Universidad Autónoma de Madrid, afirma en su trabajo de este *Homenaxe* que «citar los trabajos de Diego Catalán en el antiguo sistema de oposiciones no constituía un elemento de prestigio o de captación de la benevolencia del tribunal correspondiente; más bien al contrario» (p. 74). Probablemente, la escasa simpatía que despertaba Catalán en el ámbito de la filología hispánica se debiese al hecho de ser nieto, heredero del archivo y discípulo directo de Ramón Menéndez Pidal, el fundador de la moderna Filología Española. A ello habría que añadir que el lado negativo de la radical independencia que guió a Diego Catalán durante toda su vida, en no pocas ocasiones se tradujo en informalidades y en incumplimientos que, por no tener razones aparentes y por no ofrecer justificaciones personalizadas, produjeron notables disgustos y decepciones, incluso en personas muy próximas a él; de ello es muestra la colaboración de Jesús Antonio Cid, durante muchos años investigador del Seminario Menéndez Pidal (SMP) y hoy catedrático de la Universidad Complutense, que crítica abiertamente al Diego Catalán de los últimos años. Así pues, este no es un homenaje al uso en su totalidad del que fue una figura muy singular desde mediados del siglo XX hasta 2008 en la universidad y en la filología españolas.

El primer trabajo que abre el volumen intitulado «Entre la Filología y la Historia. Memoria de Diego Catalán Menéndez-Pidal (1928-2008)» es obra de Inés Fernández-Ordóñez, compañera de departamento de Diego Catalán en la Universidad Autónoma de Madrid, quien, en pocas páginas, lleva a cabo la biografía académica de Diego Catalán, a la que añade su recuerdo personal. Fernández-Ordóñez rememora la educación privilegiada que Catalán recibió en su ilustre familia, incluso en condiciones precarias durante y después de la Guerra Civil, su licenciatura en Filología Románica en la Universidad Compluten-

se de Madrid (1944-1948) y el gran contacto con su abuelo en estos años de formación, en que Menéndez Pidal, depurado tras la guerra, tuvo que trabajar en solitario en su casa de Chamartín, ya sin el apoyo del desaparecido Centro de Estudios Históricos. De hecho, Catalán continuó trabajando durante cerca de sesenta años en los temas más queridos de su abuelo: la historia de la lengua y la dialectología, la poesía narrativa de tradición oral (épica y romancero) y la historiografía medieval. Diego Catalán, tras licenciarse con veinte años, comenzó la preparación de su tesis bajo la orientación de Rafael Lapesa sobre la *Crónica de Alfonso XI. Una redacción amplia desconocida*, de la que saldrían los libros: *Poema de Alfonso XI. Fuentes, dialecto estilo* (1953) y *Un prosista anónimo del siglo XIV (La Gran Crónica de Alfonso XI. Hallazgo, estilo, reconstrucción)* (1955). Según la autora, el hecho de que Diego Catalán escogiera como tema de tesis un texto cronístico y no un texto poético o un tema lingüístico es indicativo de su vocación por la Historia; es más, Inés Fernández-Ordóñez manifiesta que una vez le confió que hubiese preferido estudiar Historia en vez de Filología. Tras su doctorado colaboró como profesor ayudante de Rafael Lapesa en la Universidad Complutense de Madrid (1949-1951, 1952-1954), docencia que compaginó con sus clases como profesor en el Colegio Estudio (entre cuyas directoras estaba su madre), y que intentaba mantener el espíritu progresista de la Institución Libre de Enseñanza desde la más inmediata posguerra. Fue lector de español en la Universidad de Edimburgo (1951-1952) y dos años más tarde, con 26 años, obtuvo la Cátedra de Gramática Histórica de la Universidad de la Laguna, de la que fue titular de 1954 a 1964, pero, de estos diez años, cuatro transcurrieron como profesor visitante en universidades extranjeras (Berkeley, Wisconsin y Bonn), situación que se consolidó a partir de 1965 (Berkeley, Wisconsin y San Diego). En California entabló amistad con Carlos Blanco Aguinaga y con Claudio Guillén y solo tras la muerte de Franco intentó volver a la universidad española, cosa que logró en 1981 cuando obtuvo la cátedra en la Universidad Autónoma de Madrid, cátedra que ocupó hasta 1998.

Señala Inés Fernández-Ordóñez que en 1981 Catalán gozaba de más prestigio en el sistema universitario norteamericano que en el español y que su vinculación a las universidades de los Estados Unidos no impidió que siguiese interviniendo en el Seminario Menéndez Pidal, “pálida continuación institucional” del Centro de Estudios Históricos, que el régimen franquista permitió en 1954. Así, trabajó en el Seminario Menéndez Pidal (1954-1965), luego en la Cátedra-Seminario Menéndez Pidal (1965-1981) y, finalmente, en el Instituto Universitario Interfacultativo «Seminario Menéndez Pidal» (1981-1998) que él mismo dirigiría tras su reincorporación a la universidad española. Diego Catalán luchó en todo momento por el mantenimiento del Seminario Menéndez Pidal, y desde 1983 de la Fundación Menéndez Pidal, con el fin de preservar el legado material de su abuelo y su difusión en letra impresa. No consiguió la conservación de los archivos y de la biblioteca de Menéndez Pidal en un centro de investigación estable público o mixto localizado en la casa de don Ramón, pero ello no impidió que Catalán llevase a cabo diversas iniciativas para la continuación del legado pidaliano. En primer lugar, reeditó en las décadas de 1970 y 1980 estudios de su abuelo sobre la época medieval o el ensayo *Los españoles en la historia*, al que añadió una magnífica introducción, así como editó obras inconclusas como *La épica medieval española* (con la colaboración de Mar Bustos) (1992) o *Historia de la lengua española* (2005) (en la que participó Mercedes Bravo). También estuvieron bajo su supervisión obras misceláneas de Menéndez Pidal sobre el romancero y sobre la literatura española. Por otro lado, desde muy pronto (desde 1946, con 18 años) Catalán llevó a cabo trabajos de campo para la recolección de romances, tanto de manera individual como a través de encuestas por él dirigidas, que reunieron miles de versiones de gran parte del territorio español y que, junto a donaciones provenientes de España y de otros países, forman el Archivo Sonoro del Romancero (A.S.O.R.). En tercer lugar, Catalán editó materiales romancísticos, primero los del Archivo Menéndez Pidal que conformaron los dos volúmenes iniciales del *Romancero Tradicional de las Lenguas Hispánicas*, y tras la muerte de don Ramón, Catalán, con la ayuda de miembros de los equipos de investigación que formó, editó otros diez volúmenes entre 1969 y 1985, así como codirigió o animó a la publicación del romancero sefardita o vulgar de colecciones de diversas regiones españolas. En 2005 publicó la voluminosa y muy documentada obra *El Archivo del Romancero-Historia documentada de un siglo de historia* y en 2006 creó un blog, *Romancero de la Cuesta del Zarzal* (antiguo nombre de la calle de la casa de Menéndez Pidal), con el que pretendía dar a conocer al gran público este tipo de

poesía oral. Finalmente, Inés Fernández-Ordóñez destaca los trabajos teóricos de Catalán sobre la poética del romancero, debidos a la influencia de los trabajos de Paul Bénichou y de Giuseppe Di Stefano, que le hicieron superar la visión arqueológica del género heredada de su abuelo, interesada más por su pasado que por su carácter de poesía viva: *Por campos del romancero* (1970), *Arte poética del romancero oral* (1997 y 1998), así como la dirección del *Catálogo general del romancero panhispánico* (1984-1988).

En sus primeros veinticinco años como investigador Diego Catalán también realizó aportaciones decisivas en el terreno de la historia de la lengua y de la dialectología. Fue el primer filólogo hispánico que aplicó el estructuralismo a la dialectología y a la diacronía y deben destacarse aquí sus contribuciones al mejor conocimiento del asturiano, dividiéndolo en cuatro grupos frente a los tres en que entonces se consideraba el habla del Principado; al estudio de la estructura silábica del español; así como la mejor descripción de conjunto del español de las Canarias. Deben destacarse aquí sus dos libros, que reúnen actualizados sus viejos artículos, *Las lenguas circunvecinas del castellano* (1989) y *El español. Orígenes de su diversidad* (1989), y la memoria de su cátedra *La escuela filológica española y su concepción del lenguaje* (1955), sobre las aportaciones de la escuela pidaliana.

En lo que se refiere a la historiografía, Fernández-Ordóñez, que se doctoró con una tesis dirigida por el propio Catalán, sostiene que se trata del campo en el que el homenajeado es menos deudor de la herencia de su abuelo, pues a diferencia de este no estudió las crónicas medievales subordinadas a la investigación de la poesía tradicional, sino que les prestó interés por sí mismas, para lo cual partió del principio de no confundir texto con testimonio, «qué pertenece y qué no pertenecía a obras ya conocidas, al tiempo que identificaba obras entonces desconocidas» (p. 30). En su tesis y en *La tradición manuscrita de Alfonso XI* (1974) Catalán demostró la existencia de dos versiones de la *Crónica de Alfonso XI*, la inicial y una refundida, *Gran crónica* que editó en 1977. Asimismo publicó la *Crónica de Rasis* (1975), la *Crónica de 1344* (1971), junto a M. Soledad Andrés, y los libros sobre la *Estoria de España* y sus derivados en los siglos XIII-XV: *La Estoria de España de Alfonso X. Creación y evolución* (1992) y *De la silva textual al taller historiográfico alfonsí* (1997), gracias a las cuales sabemos cómo se compuso esta obra, sus refundiciones y de cómo otras obras como la *Crónica abreviada de don Juan Manuel* o la *Crónica de 1344* se basaron en ella. De especial importancia para la historiografía portuguesa es *De Alfonso X al conde de Barcelos* (1962), obra todavía no superada, mientras que a la historiografía aragonesa le dedicó su *Rodericus romanizado en los reinos de Aragón, Castilla y Navarra* (2005), que «transforma de forma radical el panorama crítico sobre textos como la *Estoria de los godos* y *Crónica de San Juan de la Peña* en sus diversas versiones» (p. 30).

En las páginas finales de la biografía intelectual de Diego Catalán, Inés Fernández-Ordóñez manifiesta la admiración que siente hacia un hombre que publicó trabajos imprescindibles, «carentes de retórica hueca», a la vez que vivía en dos continentes y dirigía simultáneamente dos instituciones, que siempre fue capaz de renovarse y de ejercer la autocrítica, como por ejemplo, en el caso de su tesis doctoral sobre Alfonso XI, cuyas conclusiones desmontó veintitrés años después. También apunta que es más probable que Catalán haya dejado sin terminar diversos estudios, como una nueva edición de la *Estoria de España*. La profesora Fernández-Ordóñez concluye esta biografía (antes de las 10 páginas que dedica a una sentida evocación personal) con esta afirmación: «Diego fue, ante todo, un historiador de textos, que supo descifrar magistralmente con las herramientas de la Filología (la lingüística, la crítica literaria y textual) y de la Historia, y, que al tiempo, supo extraer de ellos su valor como testimonios (de mentalidades, situaciones, hechos o individuos) históricos» (p. 35).

El segundo trabajo del homenaje, «Diego Catalán en los Estados Unidos», está firmado por el hispanista norteamericano Samuel Armistead, quien conoció a Catalán en los años cincuenta y con el que inmediatamente sintonizó, ya que compartían muchos intereses comunes: la dialectología y la historia del español, la cronística y la épica medieval peninsular y, sobre todo, el romancero panhispánico. En este artículo Armistead recuerda que Diego Catalán fue profesor desde 1954 hasta su jubilación en 1989 en diferentes universidades de los Estados Unidos, así como señala que varias de sus obras sobre la historiografía y el romancero fueron, al menos parcialmente, creadas, comenzadas o concluidas en suelo norteamericano entre 1962 y 1988. Asimismo destaca la extraordinaria posibilidad que Diego brin-

daba a sus discípulos de los Estados Unidos de participar en la recogida de romances tradicionales en España. Fruto de esta experiencia son las publicaciones de hispanistas norteamericanos sobre diversos aspectos del romancero como los de Janet Falk sobre el romance judeo-marroquí del Polo; de Kathleen D. Lamb sobre *Una fatal ocasión*; Teresa Menéndez sobre *El caballero burlado* y sobre Juan Rodríguez del Padrón y la creatividad en el romancero tradicional; Marguerite Morton sobre la difusión territorial de Tamar; Sandra Robertson sobre *El prisionero*, *Mariana Pineda* y sobre la huella de la poesía tradicional en Lorca y Alberti; Francisco Romero sobre la tipología de algunos personajes del romancero; Cythia Steele sobre *Una fatal ocasión*; Madeleine Sutherland sobre el romancero de ciego, también denominado vulgar o de cordel; Beatriz Mariscal sobre *La muerte ocultada* (1984-1986), el *Romancero de Cuba* (1996) y *Romancero y la Chanson des Saxons* (2006); así como los innovadores trabajos de la aplicación de la informática al romancero que Suzanne Petersen ha venido realizando desde hace más de 40 años hasta el presente. Diego Catalán también animó la realización de obras colectivas como las actas de los congresos sobre el romancero llevados a cabo en los Estados Unidos en 1972 y 1979, la *Bibliografía del Romancero oral* (1980), o el monumental *Romanceiro Português e Brasileiro* (1997) de Manuel da Costa Fontes. En este trabajo Armistead no deja aparte el lado humano de quien en términos profesionales califica de “gigante” y así manifiesta el interés de Diego por la vida humana y animal, por la naturaleza, así como la visión profundamente pesimista que tenía del ser humano.

El tercer artículo del homenaje es una breve semblanza personal, de tres páginas, de José Manuel Pedrosa, «Diego Catalán en la memoria», en la que refiere los aproximadamente diez años, desde 1988, que trabajó en el SMP. En su colaboración, Pedrosa se refiere a este centro en los siguientes términos: la «refulgente edad de oro que gozó en las décadas de los ochenta y de los noventa» (p. 61), afirmación de la que difiero, por mi vinculación con esta institución desde 1984 hasta 1999, pues, si bien me parece incontestable la apreciación de Pedrosa sobre los 80, no podría decirse lo mismo de la siguiente década en la que el SMP inició una irreversible decadencia, entre otras razones, por la obligada incorporación de los investigadores principales del centro, Jesús A. Cid, Flor Salazar y Ana Valenciano, al cuadro de profesores de la Facultad de Filología de la Universidad Complutense.

M.^a Teresa Echenique Elizondo en su artículo «La impronta de la obra de Diego Catalán en la lingüística iberorrománica» destaca las contribuciones de Catalán en este campo (notablemente menor que la dedicada al Romancero y a la Historiografía, pero no por ello menos importante) como la edición de *Estructuralismo e historia. Miscelánea-homenaje a André Martinet* (1957-1961) por la relevancia que tuvo esta publicación para la aplicación del estructuralismo a la lingüística histórica, o sus trabajos sobre la diacronía y la historia lingüística hispánica, no solo del castellano, reunidos en los libros *El español. Orígenes de su diversidad* (1989) y *Las lenguas circunvecinas del castellano* (1989), en donde se reeditan trabajos publicados entre 1946 y 1975. En la primera de estas obras, Catalán proponía una visión plural de la lengua española desde sus primeros vagidos hasta las diversas normas que ha conocido a lo largo de la historia frente a los *Orígenes del español* de Ramón Menéndez Pidal, en la que su abuelo pretendía la reconstrucción del castellano frente a las otras lenguas iberorrománicas. Según Echenique es de especial interés para la fonología diacrónica del español «(y no solo del castellano)» «En torno a la estructura silábica del español de ayer y del español de mañana» (1971), tal como son imprescindibles sus trabajos sobre el español canario o sus aportaciones sobre los atlas lingüísticos, ya que para Diego Catalán «los atlas regionales no encierran en sí mismos las respuestas a muchas de las cuestiones que plantean» (p. 69). Del libro *Las lenguas circunvecinas del castellano* Echenique señala los trabajos dedicados al diminutivo y a las familias lexicales que rodean al castellano. Por otro lado, la profesora vasca valora libros publicados anteriormente como *Lingüística románica* (1974), «un verdadero manual de historia lingüística española» (p. 70) o *La escuela lingüística española y su concepción del lenguaje* (1955), en donde Catalán se identifica con la concepción integral del estudio lingüístico propuesto por su abuelo. Finalmente la autora de este trabajo constata que en los estudios de Catalán estuvieron presentes todas las lenguas románicas ibéricas y también el vascuence por su relación con las teorías de sustrato, así como destaca que el rigor de Catalán, acompañado de su modestia, le convirtieron en «una de las mentes más poderosas con que ha contado la Filología española» (p. 74).

Fernando Álvarez-Balbuena García firma el trabajo «Diego Catalán y la dialectología asturllionesa», en el que se ocupa de los trabajos de Catalán sobre las hablas del dominio leonés, especialmente del Principado de Asturias. El autor señala el temprano interés de Catalán por la dialectología de esta región, plasmado en varios artículos publicados en la década de 1950, como el que en 1954 se aplicaba por vez primera el estructuralismo en la dialectología «asturllionesa», o el largo trabajo, dado a la luz en dos entregas en 1956 y 1957, en el que dividía el asturiano en cuatro áreas dialectales basándose en fenómenos fonéticos, propuesta que, con algún matiz, ha sido hasta hoy generalmente aceptada. Refiere Álvarez-Balbuena contribuciones posteriores de Catalán como la dirección de la serie *Trabajos sobre el Dominio Románico Leonés*, publicada por el SMP a partir de 1957, los artículos y los libros de Catalán sobre dialectología en general (en los que de una u otra manera, estaban ejemplificados con el astur-leonés), así como los prólogos de las reediciones llevadas a cabo en la década de 2000 de *El dialecto de San Ciprián de Sanabria. Monografía leonesa* (1923) de Fritz Krüger y de *El dialecto leonés* (1906) de Ramón Menéndez Pidal. Concluye el investigador asturiano que Catalán fue uno de los estudiosos más importantes del dialecto leonés y que fue, al mismo tiempo, «dialectólogo de caleya y de despachu» (p. 103).

Jesús Antonio Cid traza en su «Diego Catalán. De los campos del Romancero al olivar de Chamar-tín» un retrato crítico de algunas actuaciones de Catalán en el estudio del romancero, así como expresa su amargura por algunos de sus comportamientos en los últimos años. Afirma Cid que Catalán ha sido el más importante estudioso del romancero en las últimas cuatro décadas, pero lamenta que dejase de lado el *Romancero Tradicional de las Lenguas Hispánicas (RTLH)* animado desde sus principios por el SMP porque «no era un simple proyecto más» para «la edición científica y completa de la rama más vigorosa de la balada europea» (p. 111). En los sesenta años que el homenajeado dedicó al estudio del romance tradicional, Cid valora más positivamente los trabajos que Catalán publicó a partir de 1970 y que reunió en los dos volúmenes de *Arte poética del romancero oral* (1997 y 1998), así como el primer volumen del *Catálogo General del Romancero Pan-Hispánico* (1984) (en el que participó el propio Cid junto a otros investigadores), que los publicados en la década de 1950 y que recopiló en *Siete siglos del Romancero* (1969) y *Por campos del Romancero* (1970). Según Cid el abandono por Catalán del ambicioso proyecto de edición que suponía el *RTLH* tenía su origen, en parte, en su primer editor, el propio Ramón Menéndez Pidal, quien tenía una visión del romancero demasiado arcaica, en la que no valoraba suficientemente el aspecto oral, tradicional de este género poético. Del mismo modo, no estaba al día en la edición moderna de las grandes colecciones baladísticas, y por otro lado, pretendía en su “utópico” **Romancero general hispánico*, editar no solo las versiones antiguas y nuevas del romancero viejo y sus derivados de la tradición oral moderna, sino también todas las derivaciones cultas en metro romance desde el romancero trovadoresco medieval hasta los romances gitanos de García Lorca. El régimen franquista en los años 40 y, sobre todo 50, del pasado siglo dio ciertos medios para que don Ramón pudiese continuar con sus trabajos previos a la Guerra Civil, como la edición monumental del romancero, pero el resultado de los dos primeros volúmenes de este proyecto, preparados en los años 50, no fue satisfactorio y su continuación, aunque notablemente mejorada, fue reducida, pues tan solo aparecieron diez volúmenes más en las tres décadas siguientes, poca cosa para un género oral tan rico en temas (cientos) y versiones (miles) como es el romancero ibérico. Cid señala que todos los trabajos importantes realizados en los últimos 40 años (el *CGR*, los congresos, las ediciones regionales, etc.) no eran sino la preparación del *RTLH*, que al final acabó por quedar en un proyecto apenas iniciado, y que el propio Diego Catalán asumió en 1999 como un fracaso. En las últimas páginas de su contribución, «De los campos al olivar», Jesús Antonio Cid constata diversos aspectos negativos en las últimas realizaciones de Catalán desde «el cierto tono de desplante y desabrimiento» en el «esencial» *La épica española. Nueva documentación y nueva evaluación* (2000), el narcisismo en *El Archivo del Romancero. Patrimonio de la Humanidad* (2001), los componentes semi-esotéricos y conspirativos que se pueden encontrar en el prólogo a *La enigmática carta del Embajador del 28 de mayo/6 de junio de 1562. (De poesía oral, guerra de religiones, secretarios y cifradores)* (2006), o la página web *Romancero de la Cuesta del Zarzal* (on line desde octubre de 2006), donde, en opinión de Cid, Catalán, pretendía tranquilizar su mala conciencia por no haber publicado el «utópico» *Romancero general hispánico*, compensando este fracaso con la edición de algunas

versiones, retocadas torpemente por Catalán, según Cid, a las que se acompañaba de breves comentarios. En esta parte final Jesús Antonio Cid comenta una anotación personal de don Ramón, en la que decía preferir las cosas a las personas, con la que años más tarde Diego Catalán se identificó y que Cid relaciona con el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza y sus más notables representantes. A pesar de todo, Jesús Antonio Cid declara que una vez Catalán le confesó que le interesaba «la política, viajar, el campo y la sierra, mi trabajo, y lo que más me interesa son las personas» (p. 148) y concluye que Diego Catalán «como estudioso y ser humano es una insólita y feliz anomalía de la España y la Filología hispánica» de las últimas décadas y que prefiere recordarlo «como al inquieto y simpático transeúnte en los campos abiertos del Romancero y de la vida que tuve el raro privilegio de conocer» (p. 151).

El investigador asturiano Jesús Suárez López en «La saga de los Pidal y el Romancero asturiano en el testamento romancístico de Diego Catalán» se ocupa de los trabajos de los miembros de esta familia sobre el romancero de Asturias. Así, Juan Menéndez Pidal recogió y editó en 1886 una rica colección de romances asturianos, su hermano más joven Ramón le acompañó en 1906 en su labor encuestadora en el Principado, y el propio Ramón volvería a encuestar por tierras asturianas en 1910. Posteriormente, don Ramón tuvo en suelo astur ilustres colaboradores que le enviaron muestras del acervo romancístico de la región. Años más tarde, en 1980, Diego Catalán y el Seminario Menéndez Pidal obtendrían interesantes resultados en la encuesta del occidente de Asturias, en la que destacaba una versión del romance medieval *Durandarte envía su corazón a Belerma*. Entre 1987 y 1994 el autor de este artículo reunió una magnífica colección del romancero asturiano, en el que figuraba la primera versión española norteña de *Lanzarote y el ciervo de pie blanco*, que presentó como tesis y que sirvió como inicio del proyecto en varios volúmenes *Silva Asturiana. Romancero General de Asturias*, en el que Catalán participó.

El último estudio del homenaje está firmado por Francisco Bautista: «El pasado y el texto: estudios historiográficos y épicos de Diego Catalán», en el que su autor señala que Catalán supo en diversos momentos establecer la íntima relación entre la épica y la historiografía y la importancia que esta tenía para el estudio de aquella; Catalán abordó inicialmente ambos campos de estudio por separado para dar una autonomía a las investigaciones cronísticas y a partir de esta autonomía extrajo importantes informaciones para el conocimiento de la épica medieval. Por esta razón Bautista divide su trabajo en los capítulos «Historiografía» y «Épica». En el primero, dada la magnitud de los trabajos del homenajeado, declara su intención de centrarse en la evolución de Catalán y en el alcance de sus propuestas. Así en el caso de las investigaciones sobre Alfonso XI, Francisco Bautista afirma que la edición de Catalán de la *Gran Crónica de Alfonso XI* es probablemente su obra más conseguida en el ámbito historiográfico. En cuanto a la historiografía relativa a Alfonso X, Catalán dio un vuelco a los estudios sobre la producción historiográfica alfonsí que se concretan en *De Alfonso X al Conde de Barcelos* (1962), «obra no superada ni integrada plenamente en trabajos posteriores» (p. 179). En el estudio de esta historiografía Catalán diferenció entre versiones y crónicas para distinguir las obras más próximas al entorno alfonsí y realizadas sobre el total de la obra, de aquellas que solo tomaban una parte o que siendo más generales se basaban en textos post-alfonsíes, como era la portuguesa *Crónica de 1344*; según Bautista en lo referente a la historiografía portuguesa Catalán no solo efectuó una revisión radical de su estado, sino que mejoró y amplió los resultados de Lindley Cintra. Sobre el *Liber regum* navarro original, el primer documento literario peninsular en romance, las aportaciones de Catalán son calificadas por Bautista como “definitivas” y recuerda el descubrimiento de Catalán del *Libro de las generaciones*, el primer gran testimonio de la difusión de la materia artúrica en la Península Ibérica, cuyo origen también estableció en tierras navarras y que dató entre 1256-1270. En su último gran trabajo historiográfico, *Rodericus romanizado* (2005), escrito junto a Enrique Jerez, Catalán fecha la *Estoria de los godos* hacia 1252-1253, lo que la convierte en la historia de este tipo más temprana en romance peninsular, e igualmente descubre la gran importancia de la obra en la historiografía aragonesa, así como su temprana utilización en Cataluña. Así pues, mientras que la producción alfonsí sirvió de base para la historiografía en gallego-portugués, la obra de Rodrigo Jiménez de Rada desarrolló la historiografía medieval en tierras navarro-aragonesas. En la parte dedicada a la épica (área de investigación marginada para Bautista en España desde la década de 1970 hasta la actualidad) destaca el papel de Diego Catalán por su revisión de los trabajos preceden-

tes, incluidos los de su abuelo, de acuerdo con su visión personal y razonada de cada cuestión. Catalán sentó los fundamentos para una historia de la épica española, para la comprensión histórica del género y su evolución mediante la crítica de fuentes y con el desplazamiento de la investigación hacia los mismos textos conservados. El trabajo más completo de Catalán en este campo es *La épica española* (2000), que, para Bautista, «es la mejor obra de conjunto [que] sobre el tema haya escrito, incomparable por su erudición, por su claridad, por su concepción y por su originalidad» (p. 112).

La bibliografía de Diego Catalán con que se cierra el volumen ha sido reunida por Juan Carlos Villaverde Amieva y en ella se incluyen tanto los trabajos individuales como las obras colectivas dirigidas o editadas por Catalán. Se trata de una bibliografía muy completa, pues en ella constan publicaciones poco conocidas de la producción de Diego Catalán como sus artículos sobre Unamuno o los poemas que publicó en la revista *Papeles de Son Armadans*, fundada y dirigida por Camilo José Cela.

José LuíS FORNEIRO
Universidade de Santiago de Compostela

JULIÀ LUNA, Carolina (2012): *Variación léxica en los nombres de las partes del cuerpo. Los dedos de la mano en las variedades hispanorrománicas*. Frankfurt am Main: Peter Lang, 347 pp. (Studien zur romanischer Sprachwissenschaft und interkulturellen Kommunikation, 79).

Las que la autora denomina «variedades hispanorrománicas» constituyen el ámbito lingüístico en que se enmarca el presente estudio. Empieza por llamar la atención del reseñador el uso de la etiqueta «hispanorrománico», que vincula lo romance a un referente «hispánico» que bien puede suscitar percepciones variables en torno a su alcance territorial y lingüístico. En esta obra lo hispánico se hace eco, en cierto modo, de la herencia de la vieja Hispania, pero de manera restringida a la moderna realidad del territorio de España, pues no incluye Portugal ni el portugués.

El análisis que se ha desarrollado parte de los datos que atesoran los atlas lingüísticos regionales publicados sobre las variedades hispanorrománicas: el catalán (*ALDC*), el español (*ALCyL*, *ALEA*, *ALECan*, *ALEANR*, *ALeCMan*, *ALEICan*) y el gallego (*ALGa*) [...] (p. 10)¹

De hecho, podrían considerarse también variedades hispanorromances, en el norte peninsular, el leonés (especialmente el más septentrional y menos castellanizado), del que se ocupa el *ALCyL*, y el (alto)aragonés, que interesa a *ALEANR*. De cualquier modo, este espacio romance, que otros acaso prefieran nombrar «iberorrománico» —con la designación que desde hace tiempo ha suscitado la consabida polémica sobre la subagrupación del catalán, en la órbita iberorromance o en la galorromance—, se circunscribe básicamente al actual territorio de España y se nutre de los materiales de ocho atlas lingüísticos que la autora, siguiendo cierta tradición de la romanística, denomina «regionales». Estos han visto la luz en diversos momentos y con distintos cedazos metodológicos a lo largo del último medio siglo: desde el más antiguo, el *ALEA* (1963-1973), hasta el más reciente, el *ALeCMan*, consultable en línea (<http://www.linguas.net/alecman/>). Solo uno de los romances de referencia se extiende más allá del

1. *ALDC* = *Atles lingüístic del domini català*; *ALCyL* = *Atlas lingüístico de Castilla y León*; *ALEA* = *Atlas lingüístico y etnográfico de Andalucía*; *ALECan* = *Atlas lingüístico y etnográfico de Cantabria*; *ALEANR* = *Atlas lingüístico y etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja*; *ALeCMan* = *Atlas Lingüístico (y etnográfico) de Castilla - La Mancha*; *ALEICan* = *Atlas lingüístico y etnográfico de las Islas Canarias*; *ALGa* = *Atlas Lingüístico Galego*. En relación al espacio catalán, del que se ocupa el *ALDC*, habría sido muy beneficiosa para la obra reseñada la consulta y explotación del “pequeño atlas” a que aquel atlas mayor ha dado lugar: el *Petit atles lingüístic del domini català* (*PALDC*) de Joan Veny, cuyo primer volumen (Barcelona: IEC, 2007) incluye tres mapas sobre designaciones de los dedos de la mano: “El *dit gros*” (mapa 70), “El *dit petit*” (mapa 71) y “El *dit índex*: dèficits de la llengua històrica” (mapa 72).